

FLORA TRISTÁN Y LA INDEPENDENCIA DE LA AMÉRICA HISPANA

Emelina Martín Acosta

La ponencia la presento dividida en dos partes para reflejar mejor el pensamiento de Flora Tristán y su relación con la independencia americana. Una primera parte, en la que, con *Las Cartas de Bolívar*, intentaremos acercarnos —a través de los ojos de la autora— a la figura del futuro Libertador en su paso por Francia y su formación como “liberal” para emprender la gran aventura de la Independencia americana. En la segunda parte reseñaremos unos capítulos de *Las Peregrinaciones de una Paria*, obra escrita tras su estancia en Perú en 1833 y 1834, donde denunciará a la sociedad peruana inmediata a la independencia pero con las mismas características del período revolucionario, sin que aparentemente hubiera cambiado nada desde el inicio de la época colonial. Al mismo tiempo, nos describe a los políticos del momento posindependentista, amigos o enemigos de su familia, dando una particular imagen de la historia del Perú.

LA FIGURA DE BOLÍVAR A TRAVÉS DE LOS OJOS DE FLORA TRISTÁN

Flora Tristán nació en París en 1803 en plena época napoleónica. Era hija del coronel Mariano Tristán y Moscoso, peruano oriundo de Arequipa, hijo de una rica y antiquísima familia virreinal. Su madre fue Teresa Laisney, una francesa dotada de gran ingenio y cultura así como de ideas republicanas. Los padres se casaron en España y posteriormente se trasladaron a París, a una casa acomodada, refugio de grandes intelectuales y políticos como don Simón Rodríguez, preceptor del futuro libertador Simón Bolívar, joven e inquieto y abatido entonces por la gran pena de la muerte de su joven esposa. La madre de Flora Tristán, Teresa Laisney, fue llamada después “la confidente del libertador” pues mantuvo una nutrida correspondencia con Bolívar hasta sus últimos días.

Esta correspondencia de Teresa Laisney con Simón Bolívar pudo constituir el borrador que posteriormente utilizó Flora Tristán para elaborar las *Letras de Bolívar*, *Las Cartas de Bolívar*, donde nos desvela la lejana relación de aquellas dos grandes personalidades de indudable categoría, aunque con zonas oscuras y algunas lagunas históricas, pues Flora Tristán era muy niña cuando Simón Bolívar visitó y escribió a su madre y sólo pudo conocer a Bolívar a través de los recuerdos más o menos claros de la figura materna. Así elaborará una imagen idílica del Libertador, que muy probablemente le acompañará en su peregrinación por Perú. Flora Tristán convirtió, de ese modo, a Simón Bolívar en un personaje histórico de novela de concepción romántica, pero también fiel reflejo del ilustre criollo que venía a Europa sediento de nueva ideología liberal y que posteriormente trasladará a América su sueño de independencia.

La bibliografía sobre *Las Cartas de Bolívar* es muy escasa. Las Cartas aparecieron en *Le voleur* de París el 31 de julio de 1838 y se tradujeron y publicaron incompletas en *El Faro Militar* de Lima en 1845. En 1955, en Caracas, Marcos Falcón Briceño las tradujo completas en su obra *Teresa, la confidente de Bolívar*. José M^a Gómez-Tabanera presentó un estudio: *Sobre Flora Tristán (1803-1844), Simón Bolívar (1784-1830) y <Las Letras de Bolívar>* en el IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, en Berlín, Alemania, en agosto

de 1986; la publicación es de la misma fecha. En 1974, en Lima, Estuardo Núñez prologó y seleccionó de la obra de Flora Tristán unos *Ensayos Escogidos*, entre los que recogió *Las Cartas de Bolívar*. Asimismo la *Revista Bolívar* de Lima en 1988, en el número 31, publicó *Cartas de Bolívar de madame Flora Tristán*.

Breve reseña de la estancia europea de Simón Bolívar

Simón Bolívar quedó huérfano a la edad de nueve años, bajo la tutela primero de su abuelo y luego de sus tíos maternos; pero su educación fue confiada a Simón Rodríguez, maestro de la escuela pública de primeras letras, quien le influyó grandemente en su adolescencia, imbuyéndole ideas claramente revolucionarias y iniciándole en la lectura de libros principalmente franceses. Sin embargo esta instrucción fue más bien breve, apenas unos meses, de agosto a octubre de 1795, cuando el profesor Simón Rodríguez se fue a Europa. Cuatro años más tarde lo hará Simón Bolívar quien, el 19 de enero de 1799, embarcaría en la Guaira en el navío *San Ildefonso* que iba a España, vía México. El 31 de mayo arribó a Santoña, desde donde emprendió viaje a Madrid pasando previamente por Bilbao.¹ En Madrid, en las tertulias del marqués de Ustáriz, hacendado caraqueño establecido en la corte, conoció Simón Bolívar a su futura esposa, doña María Teresa Rodríguez Toro, hija de Bernardo del Toro, caraqueño también. En 1801, Bernardo del Toro tuvo que abandonar la corte y trasladarse a Bilbao, donde le siguió Bolívar tras su amada. La estancia en Bilbao de Bolívar es otra parte oscura de la historia del futuro Libertador, pues incluso continuó en dicha ciudad cuando su prometida volvió a Madrid. Algunos historiadores han planteado la posibilidad de que estuviera organizando en Bilbao su futura red comercial para importar cacao a España y Francia. Por ello también fue a París y Amiens en febrero de 1802. Viajó posteriormente a Madrid, donde se casó con su prometida, regresando después a Caracas.

En enero de 1803 falleció la esposa de Simón Bolívar. Posteriormente, en el mes de octubre, el futuro Libertador decidió volver a Europa, viaje que durará tres años y ocho meses. Desembarcó en Cádiz y de allí se dirigió a Madrid para pasar después a París donde conoció a otros criollos americanos como Montúfar, Rocafuerte y Tristán. Asistió a la proclamación imperial de Napoleón y se dedicó a divertirse. Fue el típico indiano que gastaba el dinero en ropa llamativa, excentricidades y amores. Es esta etapa la que va a reflejar Flora Tristán en la correspondencia de Bolívar y su madre Teresa, que a continuación reseñamos.

Cartas de Bolívar (extracto de algunas de ellas)

Antes de transcribir las cartas de Simón Bolívar a su madre, Flora Tristán presenta un breve retrato del joven Simón Bolívar y su encuentro con sus padres en varios momentos y lugares. Podemos apreciar en esta pequeña introducción cómo su narración es fruto de la memoria y dista bastante de la realidad histórica:

Mi padre y mi madre estuvieron ligados íntimamente con Bolívar durante su estancia en Europa, y mi familia del Perú mantuvo con él relaciones no menos amistosas, lo que me permite escribir sobre este hombre extraordinario a base de datos conocidos de muy pocas personas, pero dignos de conservarse.

Según Flora Tristán la educación del joven Bolívar estuvo a cargo de Simón Rodríguez, quien le instruyó en las armas diversas de los conocimientos humanos. “Recorrieron toda Europa, viajando a pie, llevando cada uno su maleta a la espalda y alojándose generalmente en albergue de módico del precio”. Simón Bolívar se acostumbró de este modo “a fatigas y

privaciones, al mismo tiempo que conocía las costumbres, usos e idiomas de la Europa civilizada”. Como podemos apreciar en esta breve narración, Flora Tristán se deja llevar por la narración romántica, lejos de la verdadera realidad.

Asimismo afirma que fue en Bilbao donde sus padres conocieron a Simón Bolívar y a su preceptor, aunque dice desconocer el motivo de la estancia de ambos en dicha ciudad. “Fue allí donde Bolívar se enamoró por primera vez y perdidamente de una señorita muy bella, de una gran dulzura de carácter, pero cuya tierna edad y una débil constitución, no permitían, sin peligro, que se casase entonces. La pasión de Bolívar era demasiado violenta para esperar; quiso de inmediato casarse con ella y aunque el matrimonio desconcertaba los planes de su tutor, éste, que nunca le contrariaba, le dejó unirse en matrimonio. Bolívar tenía entonces veinte años”. Como vemos, la narración de Flora Tristán es bastante dramática y romántica a la vez, pero a veces no refleja la realidad, pues a su esposa no la conoció en Bilbao sino en Madrid y murió en Caracas.

También percibimos el matiz romántico en la siguiente narración del reencuentro de sus padres y Bolívar:

Habían pasado ocho meses desde que mi padre salió de Bilbao para establecerse en París, cuando vio en un periódico que alguien quería saber su dirección y le daba una cita: Es un señorito que se llama Bolívar. Estaba enflaquecido, pálido y en la más cruel aflicción. La chica objeto de sus primeros amores, su linda esposa, acababa de morir. Preso del dolor abandonó Bilbao como un loco y vino a París en la esperanza de encontrar allí a Rodríguez, de regreso de Alemania. La amistad de mi madre fue de sumo bien, tenía necesidad del corazón compasivo de una mujer con quien desahogarse. Permaneció seis semanas en París, frecuentando solo nuestra casa. No conversaba sino con mi madre. Sentía, decía él, que los hombres no podían ofrecerle consuelo y que la rudeza de maneras de estos aumentaba sus penas. Rodríguez permanecía en Alemania y Bolívar se decide a reunírsele.

Sí es verdad que Bolívar era un viudo inconsolable, enfermo de melancolía que buscaba el remedio a sus males cambiando de aires, y desde Venezuela llegó a Cádiz para pasar a Madrid y de aquí a París, donde Flora Tristán nos narra todo su padecimiento y posterior curación y transformación.²

En el nuevo reencuentro de Bolívar con sus padres, la autora detalla una descripción minuciosa del futuro Libertador:

Bolívar había crecido cuatro pulgadas; sus miembros habían adquirido fuerza, flexibilidad, usaba patillas y un bello bigote negro hacía resaltar la blancura de sus dientes, dando a su fisonomía un aire varonil. En suma, estaba desconocido y mi madre buscaba en vano, en el hombre de veintitrés años, al amante imberbe presa del dolor. La metamorfosis moral no era menos completa; ella no volvía a encontrar en él al hombre silencioso, modesto, melancólico, que no se ocupaba de otra cosa que de ciencias y trabajos manuales. Su espíritu, su corazón, sus gustos, su carácter, todo había cambiado. Tenía en el Hotel de los Extranjeros un apartamento de 500 francos mensuales, criados que usaban lujosas libreas, un coche, caballos magníficos, un palco en la Opera y sostenía públicamente a un bailarina. Su traje, de un lujo extravagante, contrastaba con la mezquina simplicidad de otros días. Mi padre y mi

madre no salían de su asombro y se perdían en vanas conjeturas sobre la causa de tan profundo cambio.

Estas cartas estaban escritas en español, y Flora Tristán las tradujo al francés, según la autora solo traduce algunos fragmentos para que se comprenda mejor sus ideas. Queremos reseñar varios fragmentos de estas cartas que retratan magníficamente a un Simón Bolívar especial en la memoria, más que en la realidad de Flora Tristán.

La primera carta está dirigida a doña Teresa Laisney, madre de Flora Tristán, en la que Simón Bolívar comienza justificando la necesidad de esa correspondencia para salir de su depresión:

Recordáis lo triste que me hallaba cuando os dejé para reunirme con Rodríguez en Viena. Yo esperaba demasiado de la compañía de mi amigo, del mentor cuyos consejos y consuelos han tenido siempre tanta importancia para mí. Pero en esta circunstancia su dedicación no sirvió para nada. Pues Rodríguez no ha sentido amor sino por las ciencias. Yo caí bien pronto en un estado tal de consunción que los médicos me desahuciaron. Era lo que yo deseaba. Una noche que yo estaba muy mal, Rodríguez se sentó cerca de mí. Me habló con esa bondad afectuosa que me ha manifestado siempre en todas las circunstancias graves de mi vida; me hizo comprender que existía en la vida de un hombre otra cosa que el amor y que podía ser muy feliz dedicándome a la ciencia o entregándome a la ambición. Me persuadió como siempre. Viéndome entonces un poco mejor, me dejó reposar, pero al día siguiente me hizo iguales exhortaciones con todo lo que yo podría hacer de grande, por las ciencias o la libertad de los pueblos. Yo terminé por decirle que para ello es preciso que yo fuese rico. Y le tendí la mano para suplicarle que me dejara morir tranquilo. Rodríguez, me preguntó: “¿Así, mi amigo, si fueras rico, consentirías en vivir? Pues bien, Simón Bolívar, ¡sois rico! Tenéis actualmente cuatro millones”.

En la segunda carta a su amiga entrañable doña Teresa continúa relatando su vida con idéntica melancolía, pero con el aliciente de saberse rico:

Rodríguez siempre pensó en hacer surgir en mí pasiones intelectuales que, orgullosas y dominadoras, convertirían en sus esclavas las que despiertan los sentidos. Asustado del dominio de mi primer amor y de la dolorosa congoja que me condujo a las puertas de la muerte, esperaba desarrollar así mi antigua dedicación a la Ciencia, dado que contaba con los suficientes medios para poder hacer descubrimientos, consiguiendo así la celebridad. ¡Ay! Sin embargo, esta vez se engañó el sabio Rodríguez al suponer que yo reaccionaría como él mismo. Yo acababa de cumplir los veintiún años, y no podía ocultarme por más tiempo mi fortuna, que me hubiera hecho conocer gradualmente, y de eso estoy seguro, si las circunstancias no le hubiesen obligado a hacérmela conocer de sopetón. Por mi parte, yo jamás deseé la riqueza; esta se me presentó sin buscarla, sin estar preparado para resistir su hechizo. Sin embargo, no me abandoné totalmente a su disfrute. Nosotros somos los juguetes de la Fortuna; a esa gran divinidad, la sola que yo reconozco, es a quien es preciso atribuir nuestros vicios y nuestras virtudes. Si ella no hubiese puesto un inmenso caudal en mi camino, servidor celoso de las ciencias, entusiasta de la libertad, la gloria hubiese sido el único objeto de mi pensamiento, el único móvil de mi existencia. Los placeres no me han cautivado, sino de una manera superficial. La embriaguez ha sido corta, pues la he hallado muy cerca del fastidio. Decís que me

inclino más al fausto que a los placeres. Estoy de acuerdo con ello, porque me parece que el fausto tiene un falso aire de gloria.

Las reconvenções de Rodríguez me obligaron a abandonar Viena. Marché a Londres, donde gasté ciento cincuenta mil francos en tres meses. Me fui después a Madrid, donde sostuve un tren de príncipe. Hice lo mismo en Lisboa. Fastidiado de las grandes ciudades que he visitado, vuelvo a París con la esperanza de hallar lo que no he encontrado en ninguna parte: un género de vida que me satisfaga. Pues, Teresa, yo no soy un hombre como los demás y París no es el lugar que puede poner término a la vaga incertidumbre que me atormenta. Sólo hace tres semanas que llegué aquí y me aburro soberanamente. Ved aquí, cara amiga, todo lo que tenía que deciros del tiempo pasado; el presente no existe para mí, es un vacío completo, donde no puede nacer un solo deseo que deje alguna huella grabada en mi memoria. ¿Que pensaréis de mí? Responded con franqueza. Pero ello no me corregirá. Pienso que hay pocos hombres que puedan corregirse, pero siempre es útil el conocerse y saber lo que se puede esperar de uno mismo. Yo me creeré feliz cuando la casualidad me presente un amigo que pueda servirme de espejo.

Antes de la tercera carta, Flora Tristán intenta reflexionar sobre la formación ideológica de Bolívar en su estancia europea, pues cree que fue importante no solo su experiencia en el período parisino, sino también en el londinense, ya que allí tuvo la posibilidad de ver el funcionamiento de las instituciones parlamentarias británicas que tanta influencia tendrían en la elaboración de sus proyectos constitucionales.³ Durante los dos años largos que Bolívar permaneció en Europa, la mayor parte del tiempo lo pasó en París, pero viajaba con frecuencia. Estuvo en Suiza, Londres, etc.; no podía quedarse tres meses en el mismo lugar. Bolívar había abrazado los principios de la filosofía del siglo XVIII con mucho fervor; era ardiente republicano y llevaba su incredulidad hasta el ateísmo; su radicalismo en sus opiniones era extremo; a veces se expresaba sobre el Gobierno del Consulado con una vehemencia que causaba temor a los más atrevidos. Por otra parte, sus ataques contra el catolicismo escandalizaban a los que veían en el restablecimiento de la religión el prelude del Antiguo Régimen.

Durante su estancia en París ofreció un fastuoso banquete, al que asistieron los Tristán. Había invitado a tribunos, senadores, generales e incluso dignatarios de la Iglesia. Era una comida en la que se reunieron en su casi totalidad la gente más notable y los representantes de todos los partidos que el Consulado agrupaba a su alrededor. La política, entonces, absorbía todas las conversaciones, aunque las opiniones se expresaban con cierta moderación; las palinodias se cernían en torno a la Corona Imperial y el bochorno de las retractaciones parecía querer cubrirse con un glorioso barniz. La varonil educación de Bolívar, lo elevado de su pensamiento, su entusiasmo, la independencia de sus criterios, todo concurría a hacerle impredecible en esta época de transición. Olvidando, con el copioso champagne ingerido en demasía, que era extranjero y que había reunido en su mesa a altos dignatarios, Bolívar se dejó llevar por su indignación con el ídolo que se incensaba. Su apasionamiento no le dejó prever ningún peligro y pronto la conversación, traspasando el límite de la conveniencia, se convirtió en una disputa tumultuosa.

Simón Bolívar entonces acusó a Bonaparte de haber traicionado la causa de la libertad, de llegar a la tiranía por la invasión de los derechos del pueblo y la reorganización del poder eclesiástico. Reprochó asimismo a los soldados de la Revolución su complicidad, echó en cara a los tribunos su apostasía, y manifestó su desprecio al clero, que se ponía a disposición del

tirano, impotente de hacerse con la confianza del pueblo. Finalmente ridiculizó el rumbo del nuevo credo impuesto a bayoneta calada. Todo ello provocó un gran escándalo, aunque nadie contestó a Bolívar, pero su franqueza acababa de arrancar las máscaras de todas las hipocresías existentes. Casi todos sus convidados se sintieron ofendidos y parece que se imaginaron, por la precipitación con que se retiraron, que la escena había sido premeditada.

Todo su pensamiento político que ahora se iniciaba en estas conversaciones de “salón” después lo expresará a través de miles de documentos, públicos y privados, que escribió desde 1812 hasta 1830, sobre todo en el Manifiesto de Cartagena en 1812, en la Carta de Jamaica en 1815, en el discurso inaugural del Congreso de Angostura en 1819, igualmente en la convocatoria del Congreso de Panamá en 1824 o en la presentación del proyecto de Constitución para Bolivia en 1826, por citar los más emblemáticos. Y en cuanto a su pensamiento religioso, debemos señalar cómo su formación católica que recibió de su familia se vino abajo cuando tuvo la desgracia de perder a su esposa. A ello se añadió su segunda estancia europea, sobre todo parisina y el reencuentro con su antiguo maestro Simón Rodríguez. Al regreso a Venezuela, después de haber jurado consagrar su vida a la independencia de la América meridional, Bolívar llega también imbuido de un fuerte anticlericalismo.

Los enemigos de Bolívar siempre le tacharon de ignorante, pero él en una carta dirigida a Francisco de Paula Santander en el año 1825, cuando estaba en el apogeo de su carrera como libertador, menciona como sus maestros a Simón Rodríguez y Andrés Bello, entre otros. Y entre los autores que había estudiado a Locke, Condillac, Bufón, D’Alembert, Helvetius, Montesquieu, Rousseau y Voltaire, nombres que nos muestran claramente cuál fue su formación filosófica y política y su específico conocimiento por el pensamiento francés.⁴

La tercera carta de Simón Bolívar está dirigida al padre de Flora Tristán:

Coronel: Hace seis años que le conozco a usted; hace seis años que le quiero con la amistad más verdadera y profesándole a la vez el más profundo respeto por la nobleza de su carácter y la sinceridad de sus opiniones. No tengo necesidad de decirle cuánto he deplorado que usted haya sido testigo del escándalo que ocasionó ayer, en mi casa, la exaltación de algunos individuos más intolerantes que sus antecesores y que hablan ya con tanta imprudencia como en España, donde el pueblo dobla la rodilla ante ellos. Usted pudo observar que los altos dignatarios, cuyos elogios al Primer Cónsul provocaron mi violenta reacción, no osaron interrumpirme sino débilmente, que ocultaron su vergüenza y se contentaron con hacerme algunas observaciones para salvar su responsabilidad, mientras que el resto de la concurrencia, tomando como suya la causa de Bonaparte, creyeron su deber unírseles en sus clamores.

La lujuria del poder, de volver a ocupar primeros puestos en la Administración del Estado, sigue alimentándose en lo más recóndito del alma de estos individuos. Muchos funcionarios piensan conservar sus puestos elogiando a quien les paga; fuera de estas dos clases no concibo que haya alguien que sea partidario del Primer Cónsul, ni que usted, querido Coronel, cuyo criterio es tan ponderado en todo, le ponga por las nubes. Como usted yo admiro su genio militar, pero ¿acaso no está usted de acuerdo conmigo en que la posesión indiscutida del poder sobre todo es el único objeto de sus actos? Este hombre tiene el instinto del despotismo; ha perfeccionado de tal manera las instituciones que, en su vasto imperio, mediante su ejército,

agentes, empleados de toda especie, clérigos, gendarmes, etc. no existe un solo individuo que pueda ocultarse a la vigilancia de su Administración. ¿Y se cuenta todavía con la era de la libertad? ¿Qué virtudes es preciso tener para ejercer una autoridad tan inmensa sin abusar de ella? ¿Y puede tener interés ningún pueblo en confiarse a un solo hombre? ¡Ah! Convéznase, el reino de Bonaparte será, antes de poco tiempo, mucho más duro de lo que pudo ser el de aquellos a quienes destruyó.

Quizás me equivoco al hablar con tanta vehemencia, pero cuando me entrego a la discusión mi espíritu hace abstracción de las personas; que mis interlocutores tengan los cabellos blancos o los mostachos negros; lleven espada o tonsura, no es obstáculo para la personificación de mis pensamientos, por lo que disputo sin tener en cuenta la posición social de ninguno de ellos. Carezco de la sangre fría de Rodríguez, o la de usted, Coronel. Yo no puedo contenerme siempre; por lo demás, ¿por qué tendría que hacerlo? No soy un politicastro obligado a empeñar el debate en una asamblea deliberante; no mando un ejército y no estoy obligado a inspirar confianza a los soldados, tampoco soy un sabio que tenga que hacer, con calma y paciencia, una demostración ardua, a un auditorio numeroso. ¡Ay! No soy nadie; sólo un plutócrata, algo superfluo de la sociedad, el lomo dorado de un libro, un brillante de la espada de Bonaparte, la toga del orador. Sólo valgo para ofrecer fiestas y recepciones a los hombres de valía; condición bien triste, Coronel. ¡Ah! Si usted supiera lo que sufro, quizás se mostrase indulgente.

Coronel, perdóneme. Por esta vez, no seguiré su consejo. No abandonaré París, a menos que reciba orden de ello. Tengo curiosidad de saber por mi propia experiencia si se permite a un extranjero, en este país de libertad, opinar sobre los hombres que lo gobiernan, y si se le persigue por haber hablado con franqueza.

Tras esta carta a su padre, Flora Tristán reflexiona sobre la postura de Bolívar enfrentándose a la alta sociedad parisina, que le va a tachar de desconocimiento de esa sociedad, de no respetar ninguna conveniencia, de calumniar la grandeza de Francia y de ser capaz, por la extrema libertad de sus discursos, de comprometer incluso a los más circunspectos. En consecuencia, Bolívar no recibió ni siquiera una tarjeta de visita de sus convidados. Permaneció en un aislamiento completo. A quienes había invitado le hicieron pasar, caritativamente, por “jacobino”. Bolívar, abandonado de todos, visitaba con más frecuencia a Mariano Tristán, a quien quería mucho, aunque ambos fuesen de diferente opinión. Mi madre me ha contado varias cosas de él, bastante raras: la necesidad constante de actividad, de percepciones nuevas, de emociones de toda especie que le atormentaban sin cesar, necesidad que es el rasgo característico que manifiesta toda su carrera política.

En 1805, Bolívar abandonó París, después de haber gastado enormes sumas de dinero. Durante su permanencia en esta ciudad no estudió disciplina alguna, no se relacionó con ningún hombre notable y, con excepción de algunas sílfides de la ópera, pocas personas supieron su nombre. La ambición de este joven, que tenía una instrucción bastante amplia, no podía desarrollarse sino después de haber apurado todos los goces que dan las riquezas. Él poseía, según testimonio de mi madre, un excelente corazón, era generoso con todo el mundo y muy caritativo con los pobres.

La última carta que dirigió Simón Bolívar a su amiga doña Teresa es de 1807, desde Cádiz, antes de su regreso a Venezuela, donde además de mostrarse indeciso ante su futuro, se

emplaza a ir al Perú a saludar a la familia del coronel Tristán, que parece no conocer en ese momento:

No he vuelto a escribirla desde mi partida de París. No tengo nada que referir que pueda interesarle. ¡Siempre el mismo tren de vida, siempre el mismo fastidio! Voy a buscar otro modo de existencia; Europa me fastidia y desde sus viejas sociedades; me vuelvo a América; ¿qué haré yo allí? Lo ignoro. Usted sabe muy bien que todo en mí es imprevisible, que jamás hago proyectos. La vida del salvaje tiene cierto encanto para mí. Es probable que me construya una choza en medio de los bellos bosques de Venezuela.

Me hubiera gustado mucho abrazar al Coronel antes de partir. No le escribo a él, pues ¿qué podría decirle que ya no sepa? Me trataría de loco, si le dijera que la vida es triste, a él, que no tiene bastante tiempo para admirar las nubes que pasan sobre su cabeza, las hojas que agita el viento, el agua que corre en el arroyo, las plantas que crecen en sus orillas. Voy a volver a enfrentarme con otros hombres, otra naturaleza. Los recuerdos de mi niñez le prestarán un encanto que se desvanecerá cuando los haya visto otra vez; pero el Gran Emperador acaba de invadir a España y quiero ser testigo de la acogida que tendrá este acontecimiento en América. Dígale a Mariano que yo le querré siempre, que haré el largo camino de Caracas al Perú, aun cuando no sea sino para dar noticias tuyas a su familia; que yo abrazaré a su hermano don Pío con tanto afecto como pudiera hacerlo él mismo. Según todo lo que nos ha dicho, este don Pío debe ser un hombre muy amable.

En estas cartas vemos retratado a un Bolívar romántico, un personaje de novela del siglo XIX, con sus melancolías, análisis filosóficos y políticos, que en cierto modo auguran el posterior pensamiento del Libertador. Asimismo, podemos apreciar cómo en las cartas a doña Teresa se muestra más íntimo, mientras que en la escrita a don Mariano Tristán relata temas meramente políticos, llegando incluso a criticar la administración del gobierno de Bonaparte.

FLORA TRISTÁN Y EL PERÚ DE LA INDEPENDENCIA

En 1808 murió el padre de Flora Tristán, Mariano Tristán, lo que sumió a su familia en una absoluta pobreza. En 1820 Flora Tristán se casa con un grabador, André Chazal, en cuyo taller había trabajado como ayudante, pero el matrimonio dura poco y decide recurrir a los parientes del padre en Arequipa, Perú, para solicitarles ayuda. En 1833 emprende el viaje a Perú, que se prolongará hasta 1834. En su estancia en el país andino no conseguirá ningún beneficio económico, muy al contrario solo tendrá desengaños respecto al disfrute de la fortuna que le correspondería por la herencia de su padre. Sin embargo esta etapa será decisiva en su vida, pues a raíz de ella escribirá un libro, *Peregrinaciones de una Paria*, que va a provocar una tremenda reacción en el Perú por las críticas y denuncias de la sociedad peruana, así como por los comentarios y apreciaciones de los políticos del momento y su relación con su familia. Esta obra nos va a servir para conocer la sociedad independentista peruana pues, aunque cronológicamente nos encontramos en una época inmediatamente posterior, presenta idénticas características que perduran en Perú por muchos años más.

La bibliografía sobre Flora Tristán y las ediciones de *Peregrinaciones de una Paria* son muy numerosas. En España, a raíz de la publicación de la obra de Vargas Llosa sobre su vida y la de su nieto Paúl Gauguin, se multiplicaron las ediciones. Reseñaré algunas de ellas porque considero irrelevante exponer toda su bibliografía a la que podemos acceder por

Internet, bien en la Biblioteca Nacional de París o en el Instituto Flora Tristán de Lima. De hecho, en la obra *Mujeres latinoamericanas. Historia y cultura, siglos XVI al XIX*, coordinada por Luisa Campuzano y publicada en La Habana en 1997, se incorpora un trabajo de Márgara Russotto, de la Universidad Central de Venezuela y del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, sobre *El Objeto de la discordia: Las biografías de Flora Tristán*.

Flora Tristán, en su obra *Peregrinaciones de una Paria*, sin tener una gran instrucción, haciendo uso del sentido común, de la lectura y de la sabiduría que le dio la experiencia, critica a los políticos del momento, denuncia los males que debían corregirse en la sociedad e incluso señalaba la manera de hacerlo, no solo a los políticos, sino también a la sociedad en general, sobre todo a la clase alta criolla. Flora Tristán no ha sido considerada por mucho tiempo dentro de la literatura del Perú republicano. Sin embargo, su libro *Peregrinaciones de una Paria*, aunque escrito en otro idioma y para otras gentes, forma parte del patrimonio literario del Perú. Presenta como totalmente diferentes de Europa las luchas políticas del Perú, pero herederas de las condiciones injustas de la sociedad colonial. Relata Flora sus congojas de mujer aislada, de esposa solitaria, de heredera despojada, de víctima, en fin, de una sociedad que no perdona el delito de apartarse de sus dogmas; la publicación del libro le costó la suspensión de las remesas de dinero que su tío había empezado a enviarle a Francia. Vemos en su obra reflejado el rencor contra sus parientes y el relato de sus tratos, sus caracteres y costumbres. Hace un largo alegato de todas las esclavitudes, desde la que sufre la raza negra hasta la silenciosa y dura que ha soportado en todas partes y en todo tiempo la mujer. Explica el fracaso de la libertad en América del Sur y su éxito en América del Norte por la desproporcionada repartición de la riqueza en la primera, pero cree en el progreso; encuentra en la industria agrícola y la difusión de las escuelas la panacea para los males del Perú.

Pero también observó y anotó, fascinada, la vida y las costumbres de aquel país, tan distinto del suyo, que comenzaba apenas su historia de república independiente, aunque las instituciones, los prejuicios y formalismos de la Colonia se conservaran casi intactos. En su libro de memorias trazaría un formidable retrato de aquella sociedad feudal y violenta, de tremendos contrastes económicos y abismales antagonismos raciales, sociales y religiosos, de sus conventos y su religión cargada de idolatría, y de su behetría política, en la que los caudillos se disputaban el poder en guerras que eran a menudo como la que le tocó presenciar en la pampa de Cangallo, sangrientas y grotescas. Ese libro que limeños y arequipeños quemarían, indignados por el cruel retrato que hacía de ellos, es uno de los más fascinantes testimonios que existen sobre el despuntar, en medio del caos, la fanfarria, el colorido, la violencia y el delirio, de la vida en América Latina después de la independencia.

Pero no solo racismo, salvajismo y privilegios abundaban en el país de su padre. Para su sorpresa, había allí también algunas rarezas que Flora no había conocido en París, y precisamente en un dominio para ella primordial: el femenino. Las mujeres de sociedad, por lo pronto, disfrutaban de unas libertades notables, pues fumaban, apostaban dinero, montaban a caballo cuando querían y, en Lima, las tapadas —el vestido más sensual que Flora había visto nunca— salían a la calle solas, a coquetear con los caballeros, y disponían de una autonomía y de una falta de prejuicios considerable, incluso desde una perspectiva parisina. Hasta las monjas, en los conventos de clausura donde Flora consiguió deslizarse, gozaban de una libertad de maneras y se permitían unos excesos que no eran propios de su condición religiosa, ni con esa imagen de la mujer humillada y vencida, mero apéndice del padre, del marido o del jefe de familia, que Flora traía en la cabeza. Desde luego que las peruanas no eran libres a la par que el hombre ni mucho menos. Pero, en algunos casos, rivalizaban con él, y en su propio campo, de igual a igual. En la guerra, por ejemplo, las rabonas acompañaban a

los soldados y les cocinaban y lavaban y curaban, y peleaban junto a ellos, y se encargaban de asaltar las aldeas para garantizar el rancho de la tropa. Esas mujeres, sin saberlo, habían alcanzado, en los hechos, una vida propia y destrozado el mito de la mujer desvalida, débil e inútil para la vida viril.

La figura que personificó, más que ninguna otra, para Flora esos casos de mujer emancipada y activa, que invadía los dominios tradicionalmente considerados como exclusivos del hombre, fue doña Francisca Zubiaga de Gamarra, esposa del mariscal Gamarra, héroe de la Independencia y presidente de la República, cuya figura palidecía ante la sobresaliente personalidad de su mujer. Doña Pancha, o la Mariscal, como la llamaba el pueblo, había reemplazado a su marido en la Prefectura del Cuzco cuando él salía de viaje, y aplastado conspiraciones gracias a su astucia y coraje. Vestida de soldado y a caballo, había participado en todas las guerras civiles, luchando hombro a hombro con Gamarra, y hasta había dirigido la tropa que ganó a los bolivianos la batalla de Paria. Cuando Agustín Gamarra fue presidente, era *vox populi* que ella había sido el poder detrás del trono, tomando las iniciativas principales y protagonizando estupendos escándalos, como dar de latigazos, en una ceremonia oficial, a un militar que se jactaba de ser su amante. La impresión que hizo en Flora la Mariscal, a quien conoció brevemente cuando esta ya partía hacia el exilio, fue enorme y no hay duda que contribuyó a nacer en ella la idea, primero, de que era posible para una mujer rebelarse contra su condición discriminada de ciudadano de segunda, y, luego, la decisión de actuar en el campo intelectual y político para cambiar la sociedad. Esta es la herencia que Flora trae del Perú a París a principios de 1835, cuando retorna a su patria y se lanza, llena de entusiasmo, a una nueva vida, muy distinta de la anterior.

Visión de la política independentista

Durante los años 1833 y 1834, cuando tiene lugar el viaje de Flora Tristán, la situación en el Perú es sumamente confusa. Apenas habían transcurrido nueve años de la batalla de Ayacucho (9 de diciembre de 1824), mediante la cual Bolívar consolidará la independencia de España. La economía estaba debilitada por las guerras y la fuga de capitales, pues muchos de los realistas habían decidido irse del país (como el pariente que recibiera a Flora Tristán en Burdeos). La situación social, en vez de mejorar, se había deteriorado por la falta de orden y de un plan a largo plazo. Persistían la pobreza, los latifundios, las distinciones de clase, y ante todo ello el gobierno se presentaba como ineficiente e inestable.

Flora Tristán llegó al Perú cuando finalizaba el gobierno de Agustín Gamarra. En diciembre de 1833, una convención elegía a Luis José de Orbegoso como sucesor de Gamarra. Este último, deseoso de conservar su influencia en el poder, intenta imponer al general Pedro Bermúdez pero, tras enfrentamientos entre los partidarios de uno y otro y de un levantamiento popular, vuelve Orbegoso al poder. En Arequipa, Flora Tristán se interesa por el ambiente político-militar, cuando luchan las fuerzas gamarristas, al mando de Miguel de San Román contra los orbegosistas, dirigidas por Nieto. Cuando Flora Tristán se dirige a Lima había ganado San Román y los gamarristas. Sin embargo, después de un levantamiento popular limeño, doña Pancha, esposa del general Gamarra, se ve obligada a huir, bajo la protección de Pío de Tristán.

Flora Tristán se siente identificada con los criollos y quiere ingresar y ser aceptada dentro de esa clase dominante, pues incluso, a pesar de su deseo de ser objetiva, no llega a distanciarse suficientemente de la clase alta. Aunque muy consciente de la rigidez de la jerarquía étnica y social de la sociedad peruana y muy lúcida sobre el odio tenaz que esta

origina entre las diferentes comunidades, Flora Tristán no llega a liberarse totalmente del sentimiento de la superioridad de los blancos ni a proporcionarse el distanciamiento necesario para poder hacer un análisis objetivo de los grupos dominados y para poder dar el reconocimiento debido a la cultura de estos. Aunque denuncia las injusticias que se cometen contra los indios, los negros y los pobres en general, cuando habla de ellos lo hace con cierta condescendencia, como si se refiriera a niños o a personas extrañas. Critica a los peruanos cuando dice que el gran signo de honor es ser blanco (en lo que no se cuenta tanto el color como la ascendencia europea), pero ella misma cae en la trampa al decir que su familia es de pura sangre española. Aunque Flora Tristán ya había viajado a Inglaterra y Suiza antes de ir al Perú, no puede ser considerada como una persona sumamente culta, pero sí es una mujer muy inteligente y buena observadora. Por otra parte, es indudable que no estaba preparada para juzgar lo que sus ojos contemplaban en el Perú, y ahí radica el gran interés de su libro, que da la visión de una joven francesa sobre los peruanos ricos y la sociedad peruana en general. También hay que tener en cuenta que su punto de vista está sumamente influenciado por los vaivenes de su gestión personal y la aceptación de su familia. En estas circunstancias es casi imposible para cualquier persona ser objetiva y ella se muestra como de naturaleza apasionada.

Flora Tristán considera al Perú un pueblo en la infancia, lejos todavía de la civilización europea pero con algunas posibilidades de alcanzarla si se trabaja mucho, se educa al pueblo y se gobierna bien. Cree que es una obligación para los peruanos saltar etapas y acercarse rápidamente a la civilización europea. Anota la influencia de Europa ligándola al progreso y reconoce que puede haber grandes oportunidades para los europeos en este país en el que la gente parece no ser muy trabajadora y carece de muchos de los avances industriales. Según ella, quien venga al Perú deseoso de trabajar puede hacer una gran fortuna. Las artes también necesitan impulso, así como la industria del entretenimiento. Cita a una pareja de acróbatas europeos que se han enriquecido enormemente desempeñando su oficio.

Tristán alaba sin reservas la naturaleza. El valle de Arequipa y sobre todo la cordillera son motivo de hermosas descripciones. Admira también la arquitectura, aunque de las casas de Lima dice que parecen inconclusas por no tener tejados. Sus críticas se orientan principalmente a las costumbres, a la clase dirigente y al Gobierno que no hacen nada por mejorar la situación del pueblo y educarlo, y a la Iglesia católica que se une a la clase dirigente para la explotación de los menos favorecidos. Le chocan las grandes diferencias de clase, la miseria, la esclavitud, la falta de interés de los ricos, los políticos y los religiosos para mejorar al pueblo. Ve un tremendo desperdicio de talento en la falta de educación y también del tiempo por seguir rígidas e inútiles tradiciones.

El capítulo sobre Arequipa tiene muchas críticas sobre las costumbres de la ciudad. La comida le causa rechazo por considerarla una mezcla de cosas discordantes, los ingredientes son de ínfima calidad:

Su cocina es detestable. Los alimentos no son buenos y el arte culinario está todavía en la barbarie. El valle es fértil pero las legumbres no son buenas... La mantequilla y el queso son traídos de lejos y nunca llegan frescos; lo mismo ocurre con la fruta y el pescado que vienen de la costa; el aceite que usan es rancio y mal depurado, el azúcar groseramente refinado, el pan mal hecho, en fin nada es bueno.

Tristán dice del puchero que es “un concierto de voces falsas o de instrumentos discordantes no ocasionan más repugnancia que la vista, el olor, el gusto de esta amalgama

bárbara”. Comenta también la escasez y suciedad de la vajilla. Al parecer todos los comensales utilizan un solo vaso y se pasan las presas chorreando salsa de un lado a otro como prueba de amistad: “Las conveniencias en el servicio y los usos de la mesa no se practican mejor que las armonías culinarias. Aún hoy, en muchas casas, no hay sino un vaso para todos los comensales. Los platos y cubiertos están sucios. La suciedad de los esclavos no es la única causa. A tales amos tales criados”.

La etiqueta respecto a las visitas es también poco funcional de acuerdo a Tristán. Apenas llegada a Arequipa, su prima Carmen le informa que debe permanecer un mes sin salir en espera de las visitas que se dignen hacerle y, una vez cumplido el mes, empezar a retornarlas. Flora Tristán no se resigna a seguir estas costumbres: se demora en recibir visitas por tener la piel dañada por el viento y el sol del desierto. Luego sale a la calle, apenas siente ganas de hacerlo. Sí respeta, muy a su pesar, la recepción de visitas los domingos en casa de su tío, para lo cual tiene que ataviarse cuidadosamente desde temprano y permanecer en casa todo el día. Se queja de lo poco interesante que son estas veladas provincianas y de la aridez de la vida en Arequipa: “la conversación es siempre fría, afectada, monótona. Uno se ve reducido a hablar mal de los otros, de su salud o del clima”. La vida social en Lima era más entretenida y la comida mejor, según Tristán imita a la francesa, pero opina que se come demasiado, que cada comida demora horas y está sujeta a un ceremonial engorroso. El transporte es más cómodo en Lima pues hay coches que no existían entonces en Arequipa, pero también hay un gran vacío espiritual y corrupción en las costumbres.

Tristán tiene duras críticas para la Iglesia católica, a la que acusa de no practicar las enseñanzas de Cristo. Las diversas congregaciones piden continuamente dinero y no lo emplean en ayudar a los pobres sino en otras cosas, como en pagar altísimos sueldos a los obispos. Tristán se lamenta del poco espíritu religioso de los monjes y se burla de la continua recolección de dinero “para los difuntos”:

La iglesia peruana explota para su propio beneficio el gusto de la población. Aparte de las grandes procesiones que se hacen en las fiestas solemnes, no transcurre mes sin que se hagan otras en las calles de Arequipa. A veces son los monjes grises que hacen una procesión por los muertos y piden para los muertos y se les da para los muertos, otras veces son los dominicos los que hacen, en honor de la Virgen, su caminata religiosa; luego es por el Niño Jesús, después viene la letanía de santos; es cosa de nunca acabar.

Flora Tristán lamenta que la Iglesia no siga la verdadera doctrina cristiana que nos manda amar al prójimo. Reclama la asistencia para los necesitados y dice que no hay verdadero espíritu religioso entre los fieles. Como el resto de la sociedad, las congregaciones también muestran falta de higiene, inclusive al celebrar las ceremonias religiosas:

Los monjes que dicen la misa están siempre suciamente vestidos; los pobres indios que ayunan en la ceremonia lo hacen descalzos y a medio vestir. La música, en todas estas iglesias, es algo espantoso... En Europa por lo menos las bellas artes cubren con un barniz brillante la insípida esterilidad de las ceremonias. Por lo demás, en el Perú las iglesias son frecuentadas únicamente como punto de reunión.

Critica la actitud de los hombres y mujeres en la iglesia, pues parecen haber ido para cualquier cosa menos para rezar. Las celebraciones, en vez de elevar el espíritu del pueblo, exaltan sus más bajos instintos, son una concesión a la ordinariez de los feligreses en vez de

un medio de educación: “Las fiestas de la iglesia dan una idea de lo que debieron ser las bacanales y saturnales del paganismo. La religión católica no ha mostrado nunca bufonadas tan indecentes ni desfiles tan escandalosamente impíos”.

La función teatral a la que asiste en el atrio de una iglesia provoca una de sus reacciones más indignadas. Tristán encuentra el espectáculo burdo y falto de cultura. Que el pueblo guste de esta obra de bajísima calidad provoca su airada reacción en contra de la Iglesia y de la clase dirigente que no son capaces de proporcionar educación y mejores medios de entretenimiento a las clases más necesitadas:

Era una cosa nueva para mí, hija del siglo XIX, recién llegada de París, la representación de un misterio en el atrio de una iglesia, en presencia de una inmensa multitud de gente; pero el espectáculo pleno de enseñanzas era la brutalidad, los vestidos ordinarios, los harapos de este mismo pueblo cuya extrema ignorancia y estúpida superstición transportaban mi imaginación a la edad media. Todos estos rostros blancos, negros o cobrizos expresaban una ferocidad salvaje, un fanatismo exaltado.

Flora Tristán hace despiadados comentarios sobre la sociedad en general y la clase dirigente en particular:

Siempre me he interesado por el bienestar de las sociedades donde el destino me ha transportado u sentía un vivo pesar por el embrutecimiento de ese pueblo. Su bienestar, me decía, no ha contado para nada en las combinaciones de los gobernantes. Si hubieran querido verdaderamente organizar una república, hubieran buscado hacer florecer, mediante la instrucción, las virtudes cívicas hasta en las últimas clases de la sociedad pero, como el poder, y no la libertad es el objeto de esta multitud de integrantes que se suceden en la dirección del gobierno, continúan la obra del despotismo y —para asegurarse la obediencia del pueblo que explotan— se asocian a los sacerdotes para mantenerlos en todos los prejuicios de la superstición. Este país, destrozado por veinte años de guerras civiles se encuentra en un estado deplorable y sería inútil buscar, en la clase que por fortuna ocupa el primer lugar, la esperanza de un porvenir mejor: no se encuentra en ellos más que la presunción más orgullosa, unida a la más profunda ignorancia, y un lenguaje de fanfarronería del que se sonríe piadosamente hasta el último marinero europeo. Hay sin duda entre los peruanos excepciones, pero estas personas gimen por la situación de su país y en cuanto pueden dejarlo se apresuran a hacerlo. El verdadero patriotismo, la devoción, no existen en ninguna parte; y no será sino debido a grandes calamidades que se llevarán a cabo la educación política y moral de este pueblo. Tal vez la miseria, que se acrecienta a diario, haga nacer el amor al trabajo y las virtudes sociales que éste conlleva; puede ser también que la Providencia suscite en este pueblo a un hombre de brazo de hierro que lo lleve a la libertad como Bolívar había comenzado a hacerlo.

Por su reacción ante las desigualdades que ve en el Perú, el historiador Jorge Basadre considera a Tristán como precursora de la justicia social:⁵

Con la dolorosa gloria del precursor, ella trajo hasta nosotros, por primera vez, esa rebeldía proletaria que hoy inquieta a todos los que quieren llamarse hombres de su época. Han pasado ochenta años y tiene así valor actual aún en el país que

escarneció, donde también va aumentando el número de los que convierten en descontento el dolor que hay en ser pobre.

Flora Tristán concluye la dedicatoria de *Peregrinaciones...* expresando sus buenos deseos a los peruanos para que en el futuro la situación del país mejore. Tal vez la escritora, al terminar su libro, ve que ha tratado con demasiada rudeza a los peruanos y trata de suavizar el golpe con toque de esperanza:

El Perú era, de toda la América, el país más avanzado en civilización al momento de ser descubierto por los españoles; esta circunstancia debe hacernos presumir favorablemente sobre las disposiciones nativas de sus habitantes y de los recursos que ofrece. Ojalá que un gobierno progresista llamando en su ayuda las artes de Asia y Europa pueda hacer retomar a los peruanos ese rango entre las naciones del nuevo mundo.

BIBLIOGRAFÍA

- BARRIG, Maruja y HENRÍQUEZ, Narda (compiladoras): *Otras pieles. Género, Historia y Cultura*, Lima: Ediciones de Pontificia Universidad Católica del Perú, 1995, 156 páginas.
- BASADRE, Jorge: “Al margen de un libro olvidado: Flora Tristán en el Perú. Flora y sus peregrinaciones”, en el *Boletín Bibliográfico de la Universidad de San Marcos*, en Lima, en el volumen I, núms. 2-3, correspondientes a los meses agosto y septiembre de 1923, pp. 11-14.
- BLOCH-DANO, Evelyne: *Flora Tristán, pionera, revolucionaria y aventurera del siglo XIX*. Traducción de Teresa Clavel Lledó, Madrid: Maeva ediciones, 2002, 358 páginas. La autora divide la obra en cuatro partes: la aprendiz, la paria, la mujer de letras y la apóstol. Con un epílogo de su nieto Paúl Gauguin sobre “mi abuela era una curiosa mujer”.
- “Cartas de Bolívar de madame Flora Tristán”, en *Revista Bolívar*, núm. 31, 1988, Lima, Perú.
- FALCÓN BRICEÑO, Marcos: las tradujo completas en su obra *Teresa, la confidente de Bolívar*, Caracas, Venezuela, 1955.
- GÓMEZ-TABANERA, José María: “Sobre Flora Tristán (1803-1844), Simón Bolívar (1784-1830) y <Letras de Bolívar>” en *IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, en Berlín, Alemania, 1986.
- GUARDIA, Sara Beatriz: en su obra *Mujeres peruanas al otro lado de la historia*, Lima, Perú, cuarta edición, 2002, 258 páginas. Incorpora un capítulo sobre las ilustradas de la República donde reseña a Flora Tristán y su obra sobre las *Peregrinaciones de una Paria* como una peruana más.
- REVILLA DE MONCLOA, Fe: *La paria peregrina*, publicación del fondo editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1995, 177 páginas. En esta obra se incorpora la vida de Flora Tristán, el porqué de su obra de *Peregrinaciones de una Paria*, así como un análisis del texto, resaltando el apartado de los esclavos y los trabajadores y su visión particular del Perú.
- TRISTÁN, Flora: *Peregrinaciones de una Paria*. Traducción de Emilia Romero del Valle, Lima, Editorial Cultura Antártica, S. A., con prólogo de Jorge Basadre, 1946.
- *Peregrinaciones de una Paria*. Madrid: ediciones Istmo, 1986, 466 páginas. En esta edición, una primera parte se dedica al análisis de la figura de Flora Tristán por parte de Gómez-Tabanera, Lidia Falcón, Pina López Gay y Carmen Llorca. Y en una segunda parte se incorpora la obra íntegra de las *Peregrinaciones de una Paria*, además de un apéndice en el que se recogen Las cartas de Bolívar a Teresa Laisney de Tristán y una bibliografía selectiva de Flora Tristán
- *Ensayos escogidos*, prologo y selección de Estuardo Núñez, publicado en Lima por la Biblioteca peruana, 1974, 191 páginas. En esta obra se recogen unos capítulos de las *Peregrinaciones de una Paria*, como los dedicados a Lima y Arequipa, y uno especial de las cartas de Bolívar.
- *Mi vida*, edición de Yolanda Fontal, Barcelona: El Cobre Ediciones, 2003, 304 páginas. Tras un breve prefacio se incorpora íntegra la obra de las *Peregrinaciones de una Paria*.
- *Peregrinaciones de una Paria*, Palma de Mallorca: ediciones Terra Incógnita, 2003, 444 páginas. La presente edición reproduce en facsímil la traducción de Emilia Romero publicada por la Editorial Cultura Antártica, S.A., Lima, 1946, con prólogo de Jorge Basadre. Además tiene la incorporación íntegra de las *Peregrinaciones de una Paria*; se inicia la obra con una carta a los peruanos y un prefacio de justificación de la obra de Flora Tristán.

NOTAS

- ¹ LUCENA SALMORAL, Manuel: *Simón Bolívar*, Madrid: Alianza editorial, 1991, pp. 21 y siguientes.
- ² DIAZ-TRECHUELO, Lourdes: *Bolívar, Miranda, O'Higgins, S. Martín. Cuatro vidas cruzadas*, Madrid: ediciones Encuentro, 1999, 61 páginas.
- ³ RUDAN, Paola: *Por la senda de occidente. Republicanismo y constitución en el pensamiento político de Simón Bolívar*, Madrid: Editorial Biblioteca Nueva S. L., 2007, pp. 57-58.
- ⁴ BOLÍVAR, Simón: *Discursos, proclamas y epistolario político*, edición preparada por M. HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Madrid: Editora Nacional, 1978, pp. 269-299.
- ⁵ BASADRE, Jorge: "Al margen de un libro olvidado: Flora Tristán en el Perú. Flora y sus peregrinaciones", en el *Boletín Bibliográfico de la Universidad de San Marcos*, en Lima, en el volumen I, números 2-3, correspondientes a los meses agosto y septiembre de 1923, pp. 11-14.